

El reloj de plata-

Barri K. Jones



Capítulo 1

Aquella mañana de 1916 el aire estaba infestado del olor a sangre y pólvora, a muerte. Allí donde había habido vida, ahora solo quedaba un valle inhóspito, inerte, donde el suelo fértil era sepultado bajo una montaña de cadáveres que antaño habían sido jóvenes altivos inundados por el ardor guerrero; con el pecho henchido de vanidad y la perspectiva de que eso solo sería un paseo por el parque. La calma que precede a la tormenta: esa es la mejor forma de describir cómo hacía horas, con el estruendo de los disparos de ametralladoras y los cañonazos de fondo, el paraíso se convirtió en infierno y aquellos hombres quedaron reducidos a cuerpos inertes y carentes de importancia alguna, tan maltratados por la batalla que ahora se tornaban irreconocibles.

Sin embargo, en medio de ese infierno de pólvora, de ese campo donde la muerte ha encontrado un lugar; cual mensaje divino, apareció un destello plateado provocado por el reflejo de los rayos del sol en un objeto que se encontraba sobre todos los cuerpos sin vida, sangrientos y mezclados con todo tipo de armas, desde modernos lanzallamas hasta simples cuchillos que se utilizan para el combate cuerpo a cuerpo. Sin embargo, el objeto que había producido ese destello no era un arma blanca. Se repitió una y otra vez, como si lo hubiera producido un niño que, en medio de esa tierra de nadie, buscaba a alguien con quien hablar, alguien que respondiera a su tímido saludo. Un reloj, ese era el objeto, eso era lo que producía ese destello cual brillante estrella en medio del oscuro y monótono cielo nocturno, esa era la única muestra de vida que quedaba en esas tierras baldías.

Era un objeto precioso, digno de alguien rico y poderoso cuando en realidad su dueño era un hombre pobre que, un día que estuvo de permiso, lo había conseguido comprar con sus propios ahorros en una tienda de antigüedades que estaba en quiebra para, al terminar la guerra y poder volver a casa, regalárselo a su prometida, quien, un día antes de que él entrara en el ejército, lo había visto en el escaparate y, mientras lo miraba, le había dicho: "Mi padre tenía un reloj igual. ¿Sabes? Cuando termine la guerra, si esta tienda no ha cerrado, pienso mirar este reloj de nuevo. Así será como si tú nunca te hubieras ido". "Cuando acabe la guerra, pienso regalártelo" le respondió él.

Una pena que la muerte los hubiera separado.

La superficie de plata, algo manchada de pólvora, refulgía cual diamante en bruto. Sus agujas, negras como la noche y puntiagudas como lanzas, se habían quedado paradas a las 16:30, la hora de la muerte para todos aquellos que hubiesen estado en la carnicería. Era como si el tiempo se hubiera detenido en ese lugar, mientras que en el resto del mundo la vida seguía y esta horrible escena de muerte se repetía una y otra vez. Si los

más poderosos lo desean solo porque se sienten ofendidos por un país enemigo o tienen que apoyar a un aliado, las batallas acontecerán, algunas más sangrientas que otras, pero todas con este mismo final, con esta misma imagen de un campo solitario cubierto por completo de cuerpos inertes cuyo destino es ser devorados por los gusanos. Sin embargo, por suerte para muchos, en esas tierras baldías donde no queda rastro de vida, donde el tiempo se ha detenido para siempre, a veces se alza de entre los muertos un reloj de plata que, con su destello a la luz de la mañana y al igual que el fénix renace de sus cenizas, nos enseña que, hasta en aquellos lugares donde el fragor de la guerra lo ha arrasado todo, puede aparecer un destello tímido, como si un inocente niño nos quisiera saludar, que nos indica que, aunque ahora no haya esperanza de que ese infierno acabe, en eso consiste la vida: en pasar del cielo oscuro y tormentoso, acompañado del compás de los feroces rayos, al día luminoso y de cielo azul que, aunque todavía en el fondo de nuestra alma alberguemos el espanto producido por la anterior tormenta, nos incita a ser resilientes y afrontar la adversidad, sin dejar de pensar en los que han dado su vida por una patria que, sin embargo, les da la espalda.